

EL CATOLICISMO,

PERIODICO OFICIAL DEL ARZOBISPADO,

ECO DE LAS POBLACIONES CATOLICAS DE LA NUEVA GRANADA.

EL CATOLICISMO.

EL SACERDOCIO EN EL SIGLO XIX.

(ARTÍCULO I.)

En sus doctas lecciones sobre la historia de la civilización se expresa M. Guizot en estos términos: "La verdadera grandeza viene del pensamiento, i toda fecundidad le pertenece exclusivamente. Es carácter peculiar de la civilización de Francia el que no haya carecido nunca de grandeza intelectual, habiendo sido siempre rica en ideas, hasta el punto de que el poder del espíritu humano haya sido tal vez mayor en la sociedad francesa que en las demás sociedades del universo. Preciso es, pues, que no periamos este hermoso privilegio; preciso es que no caigamos en ese estado un poco subalterno, un poco material que caracteriza a las otras sociedades; preciso es que la inteligencia i las doctrinas mantengan hoy en Francia, por lo ménos el mismo rango que hasta ahora han ocupado."

Magníficas espresiones estas que muy bien podemos aplicar al sacerdocio, puesto que él tiene una misión noble i sublime que cumplir en medio de los hombres, misión que ha cumplido hasta ahora con energía i perseverancia, i que es preciso que continúe hasta el fin, una vez que a los sacerdotes de todos los tiempos se ha dicho: *Vosotros sois la luz del mundo: Vos estis lux mundi*. Los siglos han marchado desde el día en que el Salvador prescribió a sus Apóstoles este divino mandato: *Id, predicad, enseñad*, i en el trascurso de tantos siglos, ¿quién puede acusar al sacerdocio de no haber cumplido fielmente su misión? Allí está la historia con sus hechos consignados en caracteres indelebles; i aunque por todas partes i en todo tiempo hayan pugnado por anonadar la acción de este ministerio sagrado, hombres enemigos o envidiosos, una mano más poderosa que todas esas manos humanas mantendrá intactas e imperecederas las páginas en que a cada línea brilla esta verdad: que el sacerdote ha sido el motor más activo de esa grandeza, de esa riqueza de ideas tan fecundas en felices resultados, en una palabra, de ese poder de regeneración que ha dado a luz la civilización actual.

46 En los palacios de los reyes, en medio de los pueblos, en el fondo de las soledades, se ve siempre al sacerdote marchando enérgicamente hacia ese fin, con una abundancia de vida que derrama por donde quiera, con una voluntad superior que le impulsa i le hace marchar incesantemente. Sin duda que al través de tantos esfuerzos de celo tan laudable como generoso, pueden citarse ejemplos de abusos, de excesos, de crímenes mismos que no ocultaremos, pues que son consecuencia inevitable de la lucha. Encadenada por todas partes,

ha trabajado la verdad en abrirse paso, i almas escojidas, abrasadas por la caridad i la fe, han cifrado su gloria en consagrar a su triunfo todo el arriague de sus convicciones i toda la vivacidad de su jenio. ¿Por qué admirarse de que entre esos hombres, suscitados por Dios para arrancar los pueblos de las tinieblas que los envolvían, se encuentren algunos que hayan confundido la obra divina con las obras de sus impetuosas pasiones?

Pero echemos a un lado estas raras excepciones que no destruyen la gloria del sacerdocio, sino que hacen resaltar con más esplendor su fidelidad en la ejecución de su mandato celestial: lo repetiremos, pues, con el ilustre escritor, aplicando siempre sus palabras al sacerdocio de nuestros tiempos: "No, preciso es que no perdamos tan hermoso privilegio; preciso es que no caigamos en ese estado un poco subalterno, un poco material que caracteriza a otras sociedades." El sacerdote es la luz de Dios en el mundo, i *los cielos i la tierra pasarán i la palabra de Dios no pasará*.

Enhorabuena que se le cierre el camino para los puestos públicos, enhorabuena que se impida que su palabra penetre en los recintos donde se ajitan los negocios del Estado, enhorabuena que se le proscriba del seno de aquellos parajes en donde el derecho les marca su puesto, que nada de eso será bastante para que su acción deje de ser más viva i más eficaz. Si está profundamente penetrado de su misión, si comprende la palabra divina que le estableció antorchero de la tierra, el sacerdocio se encontrará siempre allí donde haya peligro para la fe, allí donde asome el enemigo de la verdad: si Dios es atacado, el sacerdocio lo defenderá; si su religión santa es calumniada, el sacerdote la justificará, i al romance, al folletín, al periódico, opondrá el sacerdocio sus talentos i sus virtudes, sin que quede ninguna palabra impía sin réplica, ni ofensa ninguna a las costumbres sin enérgica reclamación.

Buen soldado de Jesucristo, peleará los combates del Señor, escribiendo, hablando a tiempo i a destiempo, oportuno, importuno, predicando hasta encima de los techos, super tecta. Lo que antes de todo importa al sacerdocio es cumplir su misión, i quién pudiera acriminarle su celo? ¿El hijo que oye insultar a su padre no tiene acaso derecho de defenderle? ¿El hombre que ve que se le arrebató el depósito sagrado que se le ha confiado, puede por ventura cerrar los ojos i guardar silencio? Nadie habrá que tal piense; i cuando se ataca a Aquel de quien somos ministros, cuando en presencia nuestra se hacen esfuerzos de todo jénero por corromper las almas que debemos salvar i que se han rescatado con la sangre de Jesucristo, podrá haber algo que nos compela al silencio i a la inacción? No, no; el sacerdote no se pertenece a sí mismo, sino que es exclusivamente de Dios, i por donde quiera que aparezcan las tinieblas del error,

por donde quiera que se produzca la corrupcion del vicio, por donde quiera que asome el genio del mal para perder i destruir, allí estará él con el corazón lleno de caridad, pero con la mano armada de la antorcha que brota esa luz que es a un tiempo tan terrible i tan dulce.

No ha mucho tiempo que en los consejos de los príncipes, en los negocios de administracion pública, en las tiondas mismas del guerrero, ocupaba un puesto el sacerdote, tomaba parte en las deliberaciones, i las mas de las veces su palabra prudente i sabia arrastraba todas las voluntades i producía los mas dichosos frutos; cierto que hoy no están las cosas así. Pero no echamos de ménos lo pasado i aceptamos lo presente tal como Dios lo ha dispuesto; que aun así es todavía bien hermoso para el sacerdote: cierto es que el mundo se le retira, pero le queda la Iglesia, en donde, ejerciendo su accion poderosa sobre el pueblo, es para unos la luz que ilumina su inteligencia i para otros el bálsamo celestial que purifica los corazones. Libre en ese recinto que ha venido a ser como su reino, llama a sí todos los infortunios de la vida: al pobre para alimentarle, al desgraciado para consolarle, al pecador para derramar en su cabeza humillada i culpable las misericordias del cielo. No nos quejemos, pues, de la posicion que se nos deja hoy en la sociedad: podrán algunos hombres vivir sin nosotros, pero los pueblos no! i sin nuestra luz, no darán nunca un solo paso en las vías de un verdadero progreso. *Vos estis, lux mundi!*

El oráculo divino no exceptúa ni tiempos, ni regiones, ni sociedades de linaje alguno, porque en verdad que el sacerdote es el hombre inseparablemente unido a los destinos de las naciones. Quétese de en medio de ellas, i se abrirá el abismo de las revoluciones i de las tempestades, como mas que probado lo tiene una dolorosa experiencia. Vuelva al seno de los pueblos de donde ha sido proscrito, i con él volverán la paz i el contento, que es este el efecto inevitable de su mision, i no es dado al hombre prevalecer contra Dios. Léjos de nosotros el espíritu de Satanas que lisonjea i que pierde! A nadie mas que al sacerdote le sienta bien el ser humilde a ejemplo de su Maestro; pero ello no impide que mantenga todo su vigor la palabra de Jesucristo: *Vosotros sois la luz del mundo!*

Después de esto, ¿no tenemos derecho de deducir en toda justicia que el sacerdote es el hombre de toda civilizacion, que debe marchar constantemente a la cabeza de todo movimiento para detener el mal e impulsar el bien que es, en una palabra, el hombre del progreso? Infatigable observador, preciso es que el sacerdote examine a los hombres, los comprenda, hable su idioma i viva en cierto modo con su vida: mezclado así con el mundo, se apoderará de él bajo todas sus formas, percibirá mejor todas sus debilidades, i combatiéndolas en seguida con cuanta fuerza le inspira su mision, gozará mas gloriosamente de la felicidad de vencerle convirtiéndole al Dios a quien habia abandonado.

441 Sin duda que la carrera es peligrosa, pero el peligro no debe aterrar al sacerdote, como no aterra tampoco al buen soldado; pues si este encuentra en el pensamiento de la gloria de su Patria un poderoso aguijón para su valor, qué ha de decirse del sacerdote que está siempre bajo las miradas de su Dios, que combate por su Dios i que toma en su Dios la fuerza de su abnegacion? Vivimos en tiempos en que el miedo no está ni puede estar de moda: *todas las opiniones salen a la luz pública, i favore-*

*cidas por la libertad de decir i de pensar cuanto se quiera, adquieren vida las ideas, ya en la palabra, ya en el papel. El sacerdocio tiene tambien derecho a esta libertad, i mas que derecho, obligacion rigurosa de usar de ella: solamente que un sello divino debe estar siempre en su boca i en su corazón; el sello de la caridad i del amor a sus semejantes. En este sello se reconocerá la mision divina de aquellos a quienes se nos ha dicho: *Vosotros sois la luz del mundo!**

"EL METROPOLITANO."

En los números anteriores hemos tenido ocasion de citar un periódico de los Estados Unidos, llamado *El Metropolitano*; i hoy, para instruccion de los lectores de *El Catolicismo*, diremos acerca de tan notable publicacion algunas palabras.

"METROPOLITAN RECORD, OFFICIAL ORGAN OF THE MOST REV. ARCHBISHOP OF NEW YORK." "El Recuerdo Metropolitano, órgano oficial del Muy Reverendo Sr. Arzobispo de Nueva York," fué fundado hace dos años por el señor Juan Mullaly, bajo el patrocinio del Ilustrísimo Señor Dr. Juan Hughes, Arzobispo de Nueva York. Tiene al presente treinta mil suscritores, i es el papel religioso mas caracterizado i de mas circulacion en el hogar doméstico de la gran familia americana.

Cada número, que vale 6 céntimos, consta de ocho hojas, o diez i seis páginas, en folio, a cuatro columnas i edicion condensada. Contiene ordinariamente:

Una poesia, compuesta por alguna señorita, que encabeza el periódico indefectiblemente. Esa poesia es siempre sobre un tema religioso o moral. Las jóvenes americanas escriben con mucha soltura i pureza su lengua nativa, su imaginacion es tierna i sus imágenes deslumbradoras.

Sigue después el folletín. Ahora es el titulado *Edmundo Atherton o el testigo falso*, novela de circunstancias que pinta los horrores del vicio, para sacar triunfante la virtud.

Después del folletín viene otra poesia. Los norte-americanos cumplen lo que ofrecen; i por eso hallamos en las columnas del *Metropolitano*, si no los mismos, siempre idénticos materiales.

Viene en seguida una de las *Cortas del doctor Cahill a los labradores irlandeses*, i en pos una columna, ni mas ni ménos, de lo que llaman *Facetie*, valiéndose de una palabra latina: es decir, facecia, gracias, chistes, sales, donaires, graciosidades, agudezas, chanzas, retruécanos, anécdotas, refranes, &c.

En pos de las *Facetie* viene otra poesia, i estos en que algunas de ellas son de gran estension, de doce o mas estrofas, que hacen ciento i pico de versos.

Sigue inmediatamente otra novela corta, que no es la del folletín, sino una narracion como "*El Diablo de media noche*, novela fundada en los hechos."

A esta pequeña novela sigue algun artículo religioso como el titulado "Derechos del Papa para gobernar sus Estados," o sea adhesion del Ilustrísimo señor Dr. José S. Alemani, dignísimo Arzobispo de San Francisco de California, que ocupa por tres columnas i media, pieza de mucho mérito.

Las *Noticias de Europa* forman otra gran seccion del periódico.

A las noticias sigue el *Aviso permanente* sobre el periódico, en que se fijan los precios de venta, &c.

Viene después el *Artículo editorial*, o como llamamos por acá, el artículo de fondo.